

T E M A S E S P A Ñ O L E S



LA BATALLA DE TERUEL

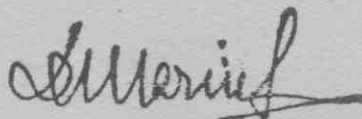
TEMAS ESPAÑOLES

N.º 11

LA BATALLA DE TERUEL

por

ANDRÉS PAMPLONA

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Andrés Pamplona', is written over a horizontal line that extends across the page.

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS

MONTESQUINZA, 6.—MADRID

1952

FASE DE INICIATIVA ROJA

a) La batalla, vista desde dentro de la ciudad.

ANTECEDENTES

En la estrategia de la guerra no caben sentimentalismos. Muchas veces es necesario sacrificar territorios, hombres y ciudades, abandonar extensiones de tierra, provincias enteras, supeditándolo todo al último y fundamental objetivo, que puede ser una batalla dada en condiciones favorables o que, a veces, supone la victoria final.

En nuestra guerra de Liberación hubieron de olvidarse conscientemente muchos tratados de estrategia y bastante de lo que dictaran a sus alumnos las Academias del Ejército. Mandaban, no las razones estrictamente militares, sino los sentimientos: el 18 de julio de 1936 cada ciudad, cada pueblo, cada hombre eligió su camino. Un camino nada fácil, en el que había de encontrar el sacrificio, la herida, tal vez la muerte. Y ello fué lo que mandó.

Teruel es una ciudad pequeña, humilde, la última o la penúltima de las cincuenta de España en lo que a datos estadísticos se refiere. Es de tierras pobres, de hombres humildes, de pueblos laboriosos que precisan del trabajo, día tras día, de doce meses para poder subsistir el año. Hay zonas ricas, las del Bajo Aragón, pero escasas. Lo característico de la provincia es

la dureza en la tierra, poco agradecida al esfuerzo del hombre; en el clima, en el paisaje, en los pueblos... Alguien llamó a Franco en plena guerra "Capitán de pueblos pobres". Teruel, pueblo pobre, hubo de alistarse a las banderas que Franco capitaneaba.

Y esta estrategia de los primeros días de la Cruzada fué la que mandó para meses sucesivos. Militarmente la posesión de Teruel era un error. Ni era punto estratégico por sus comunicaciones, ni contaba con una industria útil para las necesidades de guerra, ni producían sus huertas cantidades apreciables de alimentos para consumo de la tropa. Militarmente hablando, la posesión de Teruel no reportaba ventaja alguna y sí suponía una carga cara de mantener. Pero razones políticas y sentimentales pesaban más que razones estratégicas. Y Teruel no podía ser abandonado en manos enemigas.

UN FRENTE DE 60 KILOMETROS

A las pocas semanas de iniciada la guerra los frentes en torno a Teruel quedaron estabilizados. Todo el perfil del campo de batalla tenía la figura de una sartén. En la parte ancha quedaba la ciudad, y el mango lo constituían la carretera y la vía

férrea, que, corriendo, paralelas y casi juntas, eran la única comunicación de la ciudad con el resto de la España nacional.

Lo que fríamente sobre el mapa pudo quedar reducido a un frente de diez kilómetros, abandonando la ciudad, por mantenerla se convirtió en un frente de más de sesenta. Y, además, el peligro constante del ataque contra el casco urbano, la sangría continua de civiles víctimas de los bombardeos de artillería y aviación.

Los sesenta kilómetros de línea defensiva tenían una regular organización de terreno y densidad de guarnición en la parte comprendida entre Corbalán (cuyo frente estaba a tiro de fusil del casco urbano) y Puerto Escandón, bastante alejado de la ciudad. Continuaba la curva por los frentes de Villastar, Coto Diana y San Blas, flanqueando, con los frentes de Con cud y Caudé, la carretera y vía férrea.

ATAQUES ENEMIGOS

Huelga decir que, con presa aparentemente tan fácil, el enemigo dedicó desde el primer día todos sus esfuerzos a la conquista de la plaza de Teruel. Para ello tenía una doble finalidad: políticamente suponía la conquista de una capital de provincia, tanto muy apreciable y cotiza- ble en la balanza de sus relaciones con el resto del mundo. Militarmente acortaban su frente, adelantando las líneas en más de 20 kilómetros, amenazaban con grave peligro la retaguardia del frente nacional de Madrid, en la línea de Guadalajara y, por último, el pretendido cerco a Zaragoza se estrecharía más por la pinza izquierda de la tenaza.

Tras los primeros intentos para conquistar la plaza, intentos llevados a cabo con fuerzas aisladas procedentes de Le-

vante y provincias castellanas limítrofes, en la última decena de diciembre de 1936 los sesenta kilómetros del frente rojo se pusieron en movimiento para la ocupación de Teruel. Especialmente fueron intensos los ataques en los sectores de Puerto Escandón y Cementerio. Las columnas de internacionales que guarnecían los frentes de Madrid fueron trasladadas para la ofensiva invernal contra Teruel, como fuerza de choque. Los mandos rojos eligieron como puerta para su entrada el sector del Cementerio, distante en línea recto unos 1.500 metros de la ciudad.

Sobre un frente escaso de un kilómetro volcaron un derroche de hombres y material, incluyendo dieciséis tanques rusos por primera vez en el frente aragonés. Las fuerzas nacionales, compuestas por Ejército y Falange, soportaron heroicamente todos los ataques enemigos, que acabaron, tras varios días, en un completo descalabro.

Los rojos emplearon en todo el frente de Teruel unos 30.000 hombres, dos docenas de tanques soviéticos, muy cerca de 30 baterías de todos los calibres y hasta 50 bombarderos trimotores con su respectivo acompañamiento de caza. El Mando nacional opuso escasamente 3.000 hombres y tres baterías de mediano calibre. Se causaron al enemigo 10.000 bajas y perdió cuatro tanques y abundante armamento ligero. La operación, con esa abrumadora superioridad en hombres y material, pudo ser decisiva, de haber conseguido previamente el cerco total a la plaza. Al no conseguirlo, la llegada constante de refuerzos, unido a la tenaz resistencia de las guarniciones en todos los sectores, hizo posible la victoria nacional.

Durante todo el año 1937, y por diversos sectores, el enemigo planeó ofensivas

cuya finalidad, más que la conquista en sí de la plaza, era la de desgastar fuerzas, intentar descongestionar de fuerzas enemigas otros frentes aragoneses o justificar con actividad bélica la abundante e interesada ayuda que recibía de muchos Gobiernos frentepopulistas de Europa. Señalaremos, entre ellos, los intentos en los sectores de Celadas, Cerrogordo, San Blas, Campillo, Puerto Escandón, etc., y los amagos de ofensiva a lo largo del flanco Villarquemado-Singra, amenaza constante a las comunicaciones con Zaragoza.

LOS TUROLENSES EN LA GUERRA

Antes de entrar de lleno en lo que pasó a la historia de nuestra guerra como la "Batalla de Teruel", creemos justo, en este recorrido rápido de muchos meses de sacrificio callado y heroico, destacar el comportamiento verdaderamente ejemplar de la población civil de Teruel.

Hemos dicho *población civil* porque de alguna manera hay que denominar a los catorce o quince mil seres censados como vecinos de la ciudad. Población civil no eran: el casco urbano fué, a lo largo de los diecisiete meses de resistencia a los ataques rojos, verdadero frente. Balas de fusil procedentes del cercano sector del Cementerio causaban bajas mortales en las calles turolenses. El cañoneo hizo estragos en sus edificios, y muchos de sus habitantes sucumbieron abatidos por la metralla roja.

Las mujeres, todas, se movilizaron para las muchas tareas que la guerra lleva consigo: hospitales, talleres, oficinas... Los hombres maduros tuvieron su tarea en la defensa pasiva: los niños, encuadrados en las filas del Frente de Juventudes, combatieron en más de una ocasión codo a co-

do con sus camaradas de las banderas falangistas.

Pero, con todo ello, lo que hay que destacar como sencillamente único fué la constante, diaria y sangrienta resistencia a los ataques aéreos.

No tenemos a mano datos concretos que testifiquen nuestra afirmación, pero creemos que Teruel fué la primera ciudad española bombardeada por el enemigo. Fué el día 20 de julio cuando un avión procedente de Valencia arrojó contra Teruel las primeras bombas. Desde entonces hasta el 15 de diciembre de 1937 el total de bombardeos se elevó a más de 250, es decir, a un promedio de quince por mes.

Para librarse de ellos la población de Teruel contaba con sólo tres elementos: la protección divina, la mala puntería de los pilotos enemigos y sus refugios.

La primera no faltó a lo largo de la guerra. La segunda, de todo hubo, a pesar de los baches que, según técnicos del aire, caracterizan el mapa de Teruel y alrededores. Lo tercero, sus refugios, encerraron la clave de una defensa pasiva verdaderamente eficaz.

Los sótanos de las casas se habilitaron como refugios contra los bombardeos enemigos. Unidos entre sí, se formó una segunda ciudad subterránea, en la que los turolenses no útiles para la guerra hacían su vida. Bajo tierra se llegó a desarrollar la vida de la ciudad con absoluta normalidad: desde nacer hasta morir, los sótanos fueron escenario de los más variados acontecimientos humanos. Veintidós niños llegaron al mundo en la lóbreguez y la obscuridad de las cuevas turolenses. Veintidós seres comenzaron la vida cuando la inhumana conducta enemiga sembraba sobre ellos el terror y la muerte.

Tanto sacrificio, tanta familiaridad con el peligro constante hicieron posible que la población civil de Teruel templara su ánimo y se sintiese capaz para las mayores pruebas, para las más duras jornadas de dolor, que no tardaron en llegar. Fueron dieciséis meses de tensión, de alarma, de clima de guerra en las calles, en las casas, bajo la tierra en sus sótanos, dieciséis meses, a lo largo de los cuales, día tras día, se alargaba la lista de turolenses civiles caídos defendiendo su ciudad. Dieciséis meses con una historia gris, desconocida, mínima comparada con la general de la guerra, pero ampliamente justificadora de esos títulos de "Heroicas", "Leales" o "Abnegadas" que las ciudades añaden a sus escudos a lo largo del tiempo. Historia de Teruel escrita con la mejor sangre de los turolenses. Tal vez esté todo demasiado reciente para comprender con toda su grandiosidad, en toda su plena grandiosidad, el sacrificio ciudadano de quince mil seres que prefirieron enterrarse entre los muros de sus hogares antes que abandonarlos. Quince mil seres que con espíritu alegre, de Cruzada, quisieron dar al mundo la sensación de vida normal, bajo el fuego constante de un enemigo a las puertas de la ciudad.

LOS MANDOS DE LA PLAZA

Brevemente, sin hacer detallada historia, nos habremos de ocupar de los jefes que dirigieron la resistencia de Teruel desde el primer día.

Al comandante Aguado, entroncado con Teruel por razones de familia, correspondió la gloria de incorporar la ciudad a la España nacional. Era segundo jefe militar de la plaza. La guarnición quedaba reducida a una docena de soldados que pres-

taban sus servicios burocráticos en oficinas del Gobierno Militar y Caja de Recluta. El comandante Aguado, al mando de la minúscula tropa, un puñado de falangistas y gentes de todas las condiciones sociales e incluso de distintos credos políticos, se apoderaron de la ciudad el 19 de julio. Liberados los mandos falangistas, encarcelados en la prisión provincial, presentaron batalla contra las fuerzas numerosas del Frente Popular, auxiliados en seguida por las tropas de Guardia Civil y Asalto, que se incorporaron al Movimiento.

Aguado, héroe ejemplar en Africa, fué el alma de la primitiva defensa de la ciudad y parte de la provincia. Murió como mueren los escogidos: el día 13 de agosto, en las cercanías de Sarrión, la exigua tropa de defensores turolenses presentó batalla a una fuerte columna de milicianada levantina. Se les contuvo, causándoles gran número de bajas; pero en la desigual lucha Teruel perdió a su héroe: Virgilio Aguado, al pie de una ametralladora, protegiendo la retirada de su gente, halló la muerte. Aquella noche del 13 de agosto Teruel lloró. Tal vez por primera y única vez en toda la guerra.

A Aguado sucedió el coronel Muñoz Castellanos, jefe de la Artillería en Calatayud. Fué habilitado para general, y como tal, meses más tarde, pasó a mandar la 52 división. Vino a sustituirle el coronel Rey D'Harcourt, jefe de la plaza hasta el último momento.

UN MOMENTO DECISIVO EN LA GUERRA

A comienzos de diciembre de 1937 España llevaba diecisiete meses en guerra. Los Frentes Populares de todo el mundo y la Rusia soviética, para servir intereses

muy particulares que formaban eslabones de una cadena concienzudamente preparada, hicieron posible que nuestra guerra, que pudo resolverse en días o tal vez en semanas, llegara en diciembre a los diecisiete meses.

El Mando Nacional, liquidada la resistencia enemiga en el Norte, constituida la España liberada en Estado formal de hecho y de derecho, preparaba por aquellas fechas una operación de gran envergadura, tal vez política más que estratégica, de una importancia indudable: el ataque a Madrid, capital de la Nación. Toda la línea del Jiloca, como punto de arranque de la carretera de Alcolea, sirvió de cuartel a la numerosa tropa nacional bajada del Norte para la ofensiva contra Madrid, por Guadalajara. Desde Monreal hasta Calatayud, miles de hombres vivaqueaban en espera de comenzar la marcha a los frentes más allá de Alcolea. Eran, como decimos, los días primeros de diciembre.

El Mando rojo preparaba también otra ofensiva, la más importante de las proyectadas hasta entonces. Desde comienzos de diciembre, interminables caravanas motorizadas acudían día y noche a la retaguardia roja del frente de Teruel. Para nosotros, profanos en esa difícil ciencia que es la estrategia, aquel movimiento de fuerzas propias y enemigas nos parecía una especie de carrera en la que llevaría la voz y la iniciativa aquella de las dos partes que diera el primer golpe. En buena lógica, el enemigo debería suspender sus planes, porque éstos conducían a la conquista de una plaza como la de Teruel, carente de importancia política o militar, y los nacionales, en cambio, se proponían como objetivo nada menos que Madrid, conquista de una importancia tal que no es preciso destacar. En buena lógica—re-

petimos—, el enemigo debió trasladar el grueso de su ejército, concentrando en los frentes turolenses, para hacer frente a lo que Franco les preparaba por tierras alcarreñas. Pero no fué así. Puestas ya en orden de batalla las tropas nacionales en los distintos sectores, cuyo eje lo formaba la carretera general Barcelona-Madrid, el Mando rojo desencadenó en la madrugada del 15 de diciembre su esperada ofensiva contra Teruel.

LA CIUDAD CERCADA

No cayó en el error de diciembre del 36. La primera medida adoptada por el Mando rojo fué la de cercar fuertemente la plaza. Lo consiguió fácilmente; la operación en sí pudo llevarse a cabo sin disparar un solo tiro: amparado por la noche, ayudado por la configuración del terreno y confiado por la superioridad numérica y de material, la hueste de *El campesino* puso pie en el ferrocarril y la carretera, cordón umbilical por el que la plaza asediada se unía al resto de la España verdadera. La sartén había quedado sin mango. Y dentro de ella 6.000 hombres armados, 15.000 civiles y una voluntad de hierro para resistir hasta la muerte o la victoria.

RECuento DE FUERZAS

Antes de comentar la batalla propiamente dicha hemos de situar numéricamente a los dos contendientes, porque esos datos, rigurosamente ciertos, escrupulosamente contrastados en momentos de trascendental importancia para confrontar conductas y aquilatar responsabilidades, datos rigurosamente ciertos—repetimos—, son los que valoran aún más esos veinti-

cuatro días de resistencia escritos por la guarnición y los hombres, las mujeres, los ancianos y los niños de ese pueblo de espíritu numantino que fué Teruel a lo largo de la Cruzada.

Los sesenta kilómetros de frente nacional en Teruel estaban guarnecidos, como dijimos anteriormente, por un total de 6.000 hombres; la fuerza artillera estaba integrada por dos baterías del 7,5, un grupo de obuses del 10,5 y dos baterías de ametralladoras de Artillería. Mandaban estas fuerzas los coroneles don Domingo Rey D'Harcourt, gobernador militar de la plaza, y don Francisco Barba Badosa: el primero de Artillería, de Infantería el segundo.

Los rojos opusieron a estas fuerzas y al escaso armamento artillero lo siguiente: seis Cuerpos de ejército, con un total de doce divisiones, que sumaban 110.000 hombres, más 100 carros de combate, docenas de baterías de Artillería y un centenar de trimotores con su correspondiente acompañamiento de caza. Las fuerzas atacantes, pues, hay que evaluarlas, aproximadamente, en una proporción de 35 a 50 veces superiores a las defensoras. Es importante que el lector retenga estos datos—repetimos—, absolutamente ciertos y contrastados, para juzgar el heroísmo derrochado por los defensores de Teruel en sus veinticuatro días de resistencia. Además, creemos que es la primera vez que se hacen públicos, y ayudarán a comprender una parte interesante y costosa de la gran "Batalla de Teruel".

MEDIDAS PREVENTIVAS ADOPTADAS POR EL MANDO DE LA PLAZA

El día 14 el Mando de la plaza, ante la inminencia del ataque, contaba como

fuerza de reserva para maniobrar de acuerdo con los acontecimientos, con cuatro Centurias de la 13 bandera de Falange, magnífica tropa de choque, y con los batallones de guarnición y Orden Público, compuestos por los movilizados en el último llamamiento, reclutas de edad madura, recién llegados a Teruel, todavía en período de instrucción, sin armamento, y cuya misión, más que la del combate, era la de seguir a las tropas en proyectados avances para labores propias de retaguardia. El coronel Rey, que asume el mando total de todo el frente, el mismo día 14, de las cuatro Centurias citadas envía tres a los sectores de Campillo, Coto de Diana, peligroso flanco, y la tercera a Villastar. La cuarta queda de guarnición en la plaza. Precipitadamente son armados los batallones de Orden Público, y el mismo día 15 todo elemento civil capaz de empuñar un fusil se presenta voluntario en la Comandancia, dispuesto a vender cara la defensa de su pueblo.

COMIENZA LA BATALLA

A las diez de la mañana del día 15 todo el frente de Teruel está en movimiento. Los rojos, flanqueando los sectores cercanos a la carretera y vía del ferrocarril, intentan aislarlos, con éxito, como en San Blas, donde consiguen cortar la comunicación con Campillo, o con el fracaso, como en Coto Diana y La Muela, claves para atacar por la retaguardia el importante núcleo de Villastar. Las fuerzas de *El Campesino*, que lograron cercar la plaza, se fortifican cara a Teruel y comienzan el avance por las llanuras del campo de aviación, que les habría de llevar a todo el amplio valle del Jiloca. Desde Santa Eulalia del Campo acuden dos banderas de la Falange turolense, la 8 y la 12, y a las puer-

tas de Caudé y en los llanos, resguardados por simples piedras, cavando con los machetes hoyos de francotiradores, aguantan las tarascadas de los internacionales, fuertemente protegidos con todo lujo de material pesado. Dura jornada la del 15, en la que los infantes de la Falange, a pecho limpio, levantaron un valladar inexpugnable que, dentro de la trágica situación del Teruel cercado, quiso el Dios de las batallas que fuera el primer paso para detener un avance rojo que pudiera haber tenido importantes repercusiones en la estrategia general de la guerra. El ejército preparado por Prieto con tanto esmero pudo cercar Teruel, pero ahí quedó: en los llanos de Caudé. El camino por la retaguardia nacional les estuvo vedado, primero a fuerza de sacrificio y de heroísmo, luego con una sistemática y organizada defensa.

En la primera jornada del ataque rojo el sector de Campillo es escenario de una lucha gigantesca. Los rojos, con abundante infantería protegida por 25 tanques rusos, toman una a una las posiciones nacionales, no sin vencer la heroica resistencia de las mismas: puesto hubo en el que de 30 hombres sólo quedaron cinco. En este sector las fuerzas nacionales dispersas se replegaron en la iglesia y ermita de Santa Ana, donde aguantaron lo humanamente posible para, por último, abrirse paso por entre el campo enemigo y replegarse a Caudé.

En este mismo día fueron atacadas sin consecuencias las posiciones del Cementerio, Puerto Escandón y Castralvo. En Villastar se replegaron las fuerzas que guardaban el estrecho de Villel.

El día 16 el enemigo, avanzando por los flancos, se sitúa a las puertas de la ciudad, dejando a su retaguardia sectores en los que todavía se resiste. En el flanco

Cementerio-Puente del Cubo el enemigo atacó con furia las improvisadas posiciones que cortaban su avance por la carretera de Zaragoza. Por el flanco de Coto Diana, sobre La Muela, pone pie en la carretera de Cuenca, a retaguardia del amplio sector de Villastar, y aquella misma noche el coronel Rey ordena el repliegue de todo el sector, amenazado de forma inminente con el cerco y destrucción. Estas fuerzas pasaron el día siguiente, 17, a reforzar las posiciones de emergencia montadas en el amplio sector Puente del Cubo-Cementerio, donde continuaban intensísimos los ataques. Puerto Escandón, Castralvo y Castelar soportan una avalancha de infantería enemiga, apoyada por abundantes tanques. Las bajas son cuantiosas, pero no hay posibilidad de cubrirlas con fuerzas de refresco. Todo lo que queda en la plaza se reduce a soldados de planas mayores, oficinas y a voluntariado civil, en su mayoría compuesto por hombres de edad. Oficiales de Sanidad—todos ellos médicos civiles asimilados—asumen mando de tropa. Hora tras hora el contracerco que presenta Rey D'Harcourt se estrecha y aproxima a la ciudad.

Prácticamente el día 20 no quedaba en el frente más resistencia que la que ofrecían los sectores del Cementerio, puente del Cubo, La Muela—donde se llega a combatir cuerpo a cuerpo—y puntos aislados en la parte del ensanche de la ciudad, tanto dentro como en su perímetro. El día 21 la tropa roja llegaba a muchas calles de Teruel. Resistía aún el Cementerio, Santa Bárbara y Mansuetos, sectores que fueron evacuados en la noche del 22 al 23, abriéndose paso por las calles turrolenses para dirigirse a los lugares de resistencia previamente fijados.

Del 23 al 26 van cayendo las avanzadi-

illas de los reductos importantes de resistencia: son éstas el convento de San Francisco, cuartel de la Guardia Civil, puerta de Andaquilla, Diputación, Ayuntamiento, Correos y alguna otra. El 26 se resistía en el grupo de edificios del sector del Seminario y en el de la Comandancia Militar: estos dos focos estuvieron aislados uno del otro durante todo el asedio.

LA LUCHA ENTRE RUINAS

Ya antes del 26 Seminario y Comandancia fueron bombardeados por la artillería roja emplazada a cero. La casi totalidad de la población civil de Teruel se refugió en uno u otro grupo de edificios.

LA LUCHA EN LA COMANDANCIA

Los primeros días se lucha contra un enemigo invisible. Cañones y armas automáticas, emplazados a distancias inverosímiles, vomitan fuego sobre los débiles parapetos de la Comandancia. Tanques pesados, situados en la Glorieta, al pie de los muros de la Comandancia, descargan sus cañones sin que se cuente para la defensa con más medios que unas elementales botellas de líquido inflamable, sin eficacia por la distancia que los blindados mantienen de las ventanas del reducto.

Los muros del edificio, un viejo convento secularizado en los tiempos de la Desamortización, son débiles. Su construcción era a base de calicanto, revestida por piedras. Los impactos del 15,5 en la fachada, abriendo boquetes, determinaban enormes derrumbamientos de dos y tres pisos.

El día 25, tras un intenso bombardeo seguido de enormes derrumbamientos, el enemigo intenta varias veces incendiar el

edificio de la Comandancia, sin conseguirlo. El propio coronel Rey, jefe del reducto, es herido en la lucha. Las bajas son muy cuantiosas: los muertos se amontonan en cuartos y pasillos, en espera de turno para ser enterrados en el jardín del colegio Sadel. Los heridos, tirados en colchones, son víctimas muchas veces de derrumbamientos, que los sepultan en vida ante la imposibilidad de escapar. Los útiles de cura comienzan a escasear y, salvo los más graves, a muchos no se les puede atender clínicamente aun en la forma más elemental.

El agua ya escasea: queda tan sólo para los heridos y niños, y en un racionamiento severísimo. Hay vino procedente de los grandes almacenes de Asensio, almacenes cuyo sostenimiento cuesta ahora verdaderos ríos de sangre. El vino y el coñac, suministrados ambos con cierta largueza, mitigaron en los primeros días el terrible azote de la sed. Pero vino y coñac se acabaron porque los almacenes fueron incendiados, junto con el hotel Aragón.

Y continuaba la lenta agonía de los sitiados: viejos, mujeres, hombres y niños, los más débiles, no podían aguantar la dureza del asedio, sucumbiendo. Los defensores, agotados por largas jornadas de vigilancia y de parapeto, se convertían lentamente en figuras macilentas, en espectros: sucios, hambrientos, con la boca y los labios resecaos por la sed, viviendo y muriendo entre ruinas, la Comandancia en pleno era algo parecido a una visión dantesca, horrorosa, pero al propio tiempo bella, hermosa, porque un puñado de seres preferían aquello a claudicar frente a la fuerza bruta de la horda que invadió su sagrada tierra.

LA GUERRA SUBTERRANEA

Si no fuera bastante la comunicación constante por la radio, desde la atalaya del Seminario y de la Comandancia los defensores de Teruel veían a lo lejos cómo las fuerzas amigas se abrían paso entre las filas enemigas para llegar a liberarlos. Desde que comenzó la ofensiva habían transcurrido quince días. La bestia comunista retrocedía ante el empuje de las tropas de Franco. Los llanos de Caudé eran otra vez de España y por los cerrillos de San Blas y La Muela asomaban los soldados nacionales en un derroche de heroísmo, luchando contra un enemigo fuerte, bien armado; luchando contra el frío intensísimo, sin techos bajo los que cobijarse en las noches siberianas, sin descanso ni tregua, porque dentro de la ciudad, en media docena de edificios, esperan miles de almas el ansiado momento de la liberación.

El Mando rojo, viéndose impotente para rendir aquellos focos de resistencia en los que día a día se superaban en el heroísmo, puso en práctica otro medio de combate innoble, criminal, cobarde: la guerra de minas.

El día 30 hizo explosión la primera de ellas. Fué en el edificio continuo a la Comandancia, en el Casino Turolense, habitado desde el comienzo de la guerra para Hospital militar. Una carga potentísima colocada en el subsuelo, seguida de un incendio, redujo a un montón de ruinas el hermoso edificio, sepultando a cientos de heridos, enfermeras y paisanos. Todavía flotaba en el aire frío humo de la explosión cuando el cercano edificio del Banco de España se derrumbaba por efecto de otra mina, sepultando a sus ochenta

defensores y privando al Mando de las emisoras de Radio con las que se establecía contacto con las fuerzas liberadoras. Bajo los escombros, y sin posibilidad de ayuda porque los fusiles ametralladores rojos lo impedían, gimieron durante bastante tiempo muchos heridos, aprisionados por los maderos y los hierros del que era modernísimo edificio bancario.

LAS FUERZAS LIBERADORAS, A LA VISTA DE TERUEL

El día 31 fué de actividad intensa en todo el frente. Desde la Comandancia y el Seminario, los defensores pudieron ver cómo por la vega y en los altos de La Muela los rojos se batían en desesperada retirada y cómo las tropas liberadoras se aproximaban a la plaza a marchas forzadas. El tiempo había empeorado y el cielo amenazaba con nieve. Al atardecer, las tropas de Varela estaban a la vista: a tiro de fusil, escasamente a 500 metros. Faltaba tan sólo bajar a la vega y cruzar el río, objetivo que quedó fijado para la mañana siguiente. La alegría reinante entre los defensores puede imaginarse. Pero con la noche llegó la nieve. Una nevada de las mayores que se recuerdan. Y, con la nieve, la ventisca y la niebla, tan intensa que era imposible distinguir nada a pocos metros delante.

Así comenzó el año 1938. Continuó el mal tiempo, y las operaciones quedaron paralizadas. Era imposible intentar nada.

El mismo día 31 se derrumbó totalmente la fachada del edificio de la Comandancia. El 3 de enero el enemigo vuela el cine Perruca, refugio de mujeres y niños: más de ochenta madres con sus hi-

jos perecieron en la voladura. Y con ellas el escaso material de cura que se reservaba para los heridos muy graves.

FINAL DE LA EPOPEYA EN LA COMANDANCIA

Inmediatamente que fué volado el cine Perruca, el enemigo intenta un ataque por asalto a la Comandancia. En los pasillos el propio coronel Rey, pistola en mano, junto con los defensores, consiguen detener el intento rojo, no obstante lo cual, el enemigo se hace fuerte en el interior del edificio.

A partir del citado día 3 la situación se hace crítica: lo que se conservaba del Casino volado, vestíbulo y sótano, se pierde el día 5. Las ruinas del Banco de España, reconquistadas y conservadas hasta el 6, se pierden también, tras ser bajas todos menos uno de sus defensores. De la Comandancia Militar quedan dos o tres habitaciones que dan a un pasillo batido por el fuego enemigo de ametralladora. Por los agujeros del techo son arrojadas bombas de mano desde las ruinas de los pisos superiores. El día 7 no queda a los defensores más que el hospital de la Asunción, lleno de heridos y mujeres, amenazado por la artillería emplazada a escasos metros. Y con el hospital, las ruinas del colegio Sadel. Se disponía de pocas municiones y se carecía de agua y material de cura.

El valor defensivo de las ruinas era casi nulo y la tropa estaba decaída por agotamiento físico, mala alimentación, obsesión de las minas, cuyo trabajo de excavación advierte. Del Seminario se carecía de noticias y con el Mando nacional no se había podido comunicar tras la vola-

dura de las emisoras ocho días antes en el Banco de España.

Varias veces el Mando rojo hizo llegar al coronel Rey misivas para que depusieran su resistencia, misivas que sin abrir fueron devueltas o rotas. El día 6 se presentó una mujer con bandera blanca y un pliego dirigido al "gobernador militar de la plaza", pliego que fué abierto y que contenía la intimación a la rendición. El escrito elogiaba el valor de los defensores, pero señalaba la angustiosa situación de los sitiados—que el jefe rojo decía conocer—, la imposibilidad de que recibieran socorro y la conveniencia de cesar en la lucha para evitar el martirio de los heridos, ancianos, mujeres y niños.

El coronel Rey ordenó la contestación, expresando que se defendería en tanto lo dispusiese el Mando e, invocando los mismos sentimientos humanitarios, pedía se permitiese la evacuación de heridos y población civil. El día 6 no se recibió contestación a lo propuesto por el coronel Rey. El 7 encargó al delegado presidente de la Cruz Roja, refugiado allí, para que en su calidad de tal gestionara la evacuación propuesta, gestión que hizo llegar por escrito al jefe rojo, y en la que se pedía, además de la evacuación, la seguridad de que las autoridades rojas permitirían a los civiles marchar al extranjero, si así lo deseaban. A primeras horas se recibió la contestación: en ella se accedía a todo, menos a la posible marcha al extranjero. Se daba para la citada evacuación un plazo de dos horas, suspendiendo las hostilidades únicamente por el sector en que se llevara a cabo.

Entretanto el coronel Rey se reunió con los jefes y oficiales, planteándose el problema de la posibilidad de continuar la resistencia, emitiendo todos ellos su opi-

nión sobre la imposibilidad de continuar la lucha. En este momento compareció un comisario rojo, desarmado, que expuso la decisión enemiga de acabar con la resistencia empleando para ello las grandes cargas subterráneas colocadas. Nuevamente el coronel se reunió con jefes y oficiales proponiéndoles romper el cerco o rendirse. Se votaría una y otra resolución, exigiendo anticipadamente que se aceptaría el resultado. Ocho votaron por romper el cerco, trece por rendirse, justificando tal actitud para no abandonar a los miles de heridos y civiles que quedarían todavía más indefensos en poder del enemigo. Tal actitud, posiblemente, suponía la pérdida de sus vidas, pero pesaría en el futuro comportamiento rojo para los cautivos. El coronel Rey, acompañado de varios oficiales, se trasladó al Puesto de Mando rojo para parlamentar. El jefe enemigo prometió el respeto a la vida de los militares y población civil, mas el coronel requirió telefónicamente la ratificación del jefe del Ejército rojo de Levante, Hernández Sarabia, del que volvió a exigir lo mismo, añadiendo: "De esta condición sólo me excluyo yo: a mí, que me fusilen." En la rendición el coronel Rey no incluía el Seminario.

Así acabó la Comandancia. Agotando hasta el último momento todas las posibilidades. Rendido el reducto, sus defensores fueron hechos prisioneros. Un grupo de valientes, militares y civiles, hombres y mujeres y hasta algún niño, escapó de las garras rojas, cruzando el campo enemigo y llegando hasta las líneas nacionales. El "flecha" Pepito Vicente, llevando a su espalda a su hermanito de tierna edad, muerto por el frío, simboliza un gesto digno de figurar entre los grandes hechos de valor de nuestra historia.

FINAL DE LA EPOPEYA EN EL SEMINARIO

Sería reiterativo intentar día a día seguir la lucha que mantuvieron los defensores del Seminario. La guerra fué la misma: el mismo heroísmo, la misma decisión, los mismos sacrificios, idénticos actos heroicos. Defendía el reducto el teniente coronel Barba. El día 7 de enero el 80 por 100 de la oficialidad había sido baja, y de 1.750 hombres que iniciaron la defensa se contaban 400 muertos y 800 heridos. Se carecía de agua, de alimentos, de útiles de cura. En estas circunstancias se conviene con el enemigo la evacuación de heridos y civiles, y, estando ésta verificándose, los rojos, contra lo pactado, se mezclan entre los defensores, haciéndose dueños del reducto. La reacción es ya imposible. Y el bravo teniente coronel Barba no le queda más recurso que dar radiotelegráficamente cuenta al Mando de lo ocurrido con estas palabras:

"CUATROCIENTOS MUERTOS Y MAS DE OCHOCIENTOS HERIDOS, UNOS CUANTOS COMBATIENTES Y UNAS RUINAS SIMBOLICAS SON EL TESTIMONIO DE UNA DEFENSA EPICA DE LA QUE ME SIENTO ORGULLOSO. ESTO SE HA TERMINADO. ABRAZOS A TODOS. CORONEL BARBA"

Con el Seminario acabó la lucha dentro de la ciudad. Fueron un total de veinticuatro días de resistencia frente a un enemigo poderosísimo, numéricamente superior en proporción increíble. Como decía Barba en su telegrama al Mando: "Esto se ha acabado." Y se había acabado, no por decisión de los hombres, sino porque el aguante y capacidad tienen un límite: y ese límite había sido rebasado con creces por los valiente defensores de Teruel.

b) La batalla, vista desde fuera de la ciudad.

ANTECEDENTES

Corren los últimos días de octubre de 1937. Las fuerzas nacionales, tras unos meses de campaña ejemplar y victoriosa, han liquidado gloriosamente lo que quedaba del frente del Norte. Las multitudes de sentimiento nacional aclamaban a las tropas nacionales en Gijón y en Avilés. Había desaparecido completamente todo el frente del Norte de España. Epílogo emocionante de una ofensiva a la vez dura, heroica y triunfal. Terminaba una fase de la guerra en que la iniciativa había correspondido íntegramente a las fuerzas nacionales.

La guerra había alcanzado un grado superior de encono y violencia. Los rojos no cejaban en sus esfuerzos para tratar de ganar la guerra, y por ello comienza el período quizá más interesante de la guerra desde el punto de vista militar. Se habían de producir todavía batallas de la mayor trascendencia. Pero el Generalísimo Franco, con su visión genial, supo siempre, no sólo adelantarse a los designios del enemigo, sino aprovechar con gran audacia y sagacidad lo que pudiera parecer a primera vista triunfos del adversario. Veamos cómo.

Nos encontramos en el otoño de 1937. Tras la batalla de Brunete, éxito inicial rojo que se convirtió en una de sus más duras derrotas gracias a la visión militar del Caudillo, los rojos atacaron repetidas veces en el extenso frente de Aragón, donde, por la enorme longitud del frente y la escasez de tropas, la defensa se hizo a fuerza de gestos heroicos y de la formidable actuación de la llamada Brigada Móvil bajo el mando del coronel Galera. Todos los ataques fueron rechazados con grandes pérdidas para los rojos. Recordemos los nombres gloriosos de Almudévar, Zuera, Villamayor, Pina, Codo y Belchite. La línea no cedió y los rojos tuvieron que cejar en su empeño. Se produjo, pues, un período de relativa calma que duró hasta el día 15 de diciembre. En los primeros días de este mes las tropas que tan victoriosamente habían acabado con el frente Norte estaban siendo preparadas en la línea de Guadalajara para lo que se suponía iba a ser un ataque en forma a Madrid. En el frente de Aragón, aparente calma. Pero el 15 de diciembre...

Ya hemos escrito en nuestro capítulo anterior la situación del frente de Teruel y las razones que movieron al Mando na-

cional a mantener aquel peligroso saliente en nuestro frente. Es evidente que si aquel frente hubiera estado más guarnecido quizá los rojos no hubieran podido ejecutar su maniobra con tanta facilidad. Esta maniobra fué la que cortó el frente, dejando a Teruel aislada del frente nacional. Veamos cómo ocurrió esto.

La iniciativa marxista se desarrolló, como siempre, siguiendo un plan más bien simple y elemental. Teruel formaba una especie de bolsa con un cuello muy estrecho por donde se comunicaba con el exterior. A su alrededor, fuerzas rojas. La primera fase del ataque marxista se desarrolló con facilidad. En la noche del 15 de diciembre de 1937 fuerzas rojas se deslizaron en la obscuridad y en el más completo silencio entre los pueblos de Caudé y Concud para enlazar con sus tropas del Campillo, que, a su vez, avanzaron a su encuentro. Una vez realizado el enlace y cortada la carretera procedieron con gran rapidez a construir una gran trinchera, el famoso trincerón. Queda así Teruel aislado, y al amanecer del día 16 comenzó la batalla por su conquista. Terminada la primera fase de la maniobra comenzó el movimiento convergente sobre Teruel. La presión marxista se acusaba por las diferentes rutas que conducen a la capital: por Norte y Nordeste seguía como eje de ruta las carreteras de Alfambra y de Corbalán. Por Sur y Sudoeste, la de Sagunto y la de Cuenca por Villastar. Ahora bien, no se crea que su avance fué fácil. Tuvieron que disputar palmo a palmo el terreno con los heroicos defensores de la plaza. Ya hemos descrito en nuestro capítulo anterior lo que fué esta defensa vista desde dentro de la ciudad heroica y mártir. ¿Y fue-

ra de la ciudad? ¿Qué efecto había producido este ataque?

El ataque rojo había sorprendido a la división 52, que guarnecía un frente de cuatrocientos kilómetros y que estaba bajo el mando del general Muñoz Castellanos, con dos brigadas dentro de Teruel y unas reservas disponibles de unos dos mil hombres distribuidos en dos banderas de Falange, la 8 y la 12, y un batallón de Infantería. Con estos escasos recursos se formalizó la primera línea de contención, encaminada a cerrar el paso al posible desbordamiento enemigo. Luego se unieron a esta misión las fuerzas de la 84 división móvil, mandada por el coronel Galera.

Ahora bien, tan escasas fuerzas no podían hacer otra cosa que dar tiempo a que contingentes más numerosos llegaran para dar la batalla a los rojos. Y así ocurrió, efectivamente. En aquellos momentos difíciles dos Cuerpos de ejército: el de Galicia, bajo el mando del general Aranda, y el de Castilla, a las órdenes del general Varela, se acercaban a Teruel. Estos dos grandes jefes iban a dirigir las dos alas de un ataque que acabaría siendo una de las más grandes derrotas infligidas a los rojos.

El Generalísimo Franco había renunciado a su ofensiva a Madrid. Era idea suya acudir allí donde había enemigo, sabiendo que la victoria no es otra cosa que la destrucción del ejército adversario. Evidentemente, esta decisión del Generalísimo fué un acierto rotundo. No se trataba solamente del valor sentimental de Teruel, sino de la orientación definitiva de la guerra cara al Mediterráneo: de cara a Valencia y Barcelona. Los hechos demostraron el acierto de esta decisión.

Y comenzó la ofensiva nacional en el frente de Teruel.

PRIMERA FASE DE LA OFENSIVA

Estamos en el día 21 de diciembre de 1937. Ha cambiado ya el panorama en el frente de Teruel. Los rojos se aprestan a defender sus líneas. Aspiran, sobre todo, a fortificarse y atrincherarse fuertemente. Y la línea que había señalado la máxima penetración roja se convertía ya en un frente de ataque nacional. Las fuerzas de los Cuerpos de ejército de Galicia y Castilla habían estado llegando a partir del día 17 de diciembre, es decir, a los dos días del ataque rojo. Y el día 22 comenzó la contraofensiva nacional, cuya primera fase tenía como objetivo la liberación de la ciudad. El río Guadalaviar, que en Valencia se llama Turia, era la línea de separación de los dos Cuerpos de ejército. A la derecha Varela y a la izquierda, mirando hacia Teruel, Aranda comienza a avanzar. Las tropas del general Aranda iniciaron su avance por la carretera y por los llamados Altos de Celdas, encontrando una resistencia muy dura que, poco a poco, van venciendo. A su vez, Varela con sus tropas inicia su avance desde la Sierra de Albarracín en la dirección del Campillo y macizo de Villastar. Esta contraofensiva no sólo sirvió para contener definitivamente a los rojos, sino que se les hizo retroceder un promedio de dos o tres kilómetros diarios hasta quedar la línea de contención jalonada con las siguientes posiciones: Caudé, San Blas, Sierra Morrones, Campillo y Villastar. Se había conseguido crear un círculo que designaba perfectamente la línea de la contraofensiva nacional. Mientras tanto, los heroicos defensores de la

ciudad continuaban su desesperada resistencia.

Del día 24 al 28 de diciembre el frente se paraliza relativamente. Se trata de montar adecuadamente la máquina guerrera para lanzarla a la lucha en condiciones técnicas perfectas. Este período se caracteriza, sobre todo, por la intensa labor de la artillería nacional, que machaca incesantemente todas las posiciones defensivas rojas que rodean Teruel.

El día 29 la infantería nacional se lanzó al asalto en los diez kilómetros de su línea. La lucha fué durísima, pero el avance se inició y se prosiguió sin descanso. Las tropas nacionales tuvieron en todo momento el magnífico apoyo de la aviación nacional. La posición roja del Muletón sufrió varios bombardeos con grupos de cincuenta bombarderos, mientras la caza de García Morato, con su bombardeo en cadena, desmoralizaba a los rojos desalojándolos de sus trincheras. La artillería nacional concentraba sus tiros en las fortificaciones rojas, que, como ya hemos dicho, eran sólidas, aunque tuvieron que ceder ante un fuego durísimo y perfectamente dirigido. Fueron días de una actividad intensísima que dió sus frutos, como no podía menos que esperarse.

La lucha continuó *dura y violenta* todo el día 30. El avance de las tropas nacionales continuó. Cayeron en poder de las fuerzas de Franco la totalidad de la Sierra de los Morrones, La Pedriza, varias cotas de importancia, los cruces de las carreteras que conducen a Teruel, y en Campillo, por medio de una bolsa, quedó destrozada una brigada entera de los rojos. Por la noche se había rebasado el pueblo de Concud y se luchaba en La Muela de Teruel, a unos dos kilómetros



Tropas nacionales en la Plaza del Torico, de Teruel.



Puesto de mando del general Aranda y campo de operaciones en el sector de Teruel en diciembre de 1937.

La Primera Brigada de Navarra del Tercio de Montejurra, saliendo de Teruel después de conquistado.





Tropas en las calles de Teruel.

Vista panorámica de Teruel.





Soldados con la bandera nacional llegan a Teruel, liberada en febrero de 1938.

de la ciudad. La impresión era ya de victoria. Se podían calcular en seis mil las bajas causadas al enemigo, y se habían capturado más de seiscientos prisioneros. El ala derecha, bajo el mando del general Varela, había profundizado más. El ala izquierda, cuya misión era envolver a Teruel por el Norte y Nordeste, encontró una tremenda resistencia en el sector Caude-Concud; pero, no obstante, había avanzado lo bastante para crear a las fuerzas rojas una situación difícil.

Y llegó el día 31 de diciembre de 1937. Ya por la mañana se había notado un cambio atmosférico. Se presentó un día cubierto con nubes bajas y una llovizna que era el preludio de la nieve. A pesar de todo, el avance continuó inexorable. Las fuerzas de los coronéles García Valiño y Muñoz Grandes conquistaron la totalidad de la meseta de La Muela, y el ala derecha descendía a la vega del Turia en dirección al macizo de Villastar. Llegaba el momento culminante de la batalla. Grandes masas enemigas huían en derrota, y por las carreteras de Corbalán y de Sagunto la aviación, a pesar de la mala visibilidad, trabajaba incansable ametrallando a los grupos fugitivos.

Para los que vivimos estos momentos el recuerdo nos atenaza la garganta, porque el hecho concreto es que a primeras horas de la tarde se había establecido contacto con el casco urbano de Teruel. Una bandera de la Legión—la 15.^a—, un tabor de Regulares de Larache y tropas de tercios de voluntarios de Navarra descendieron de las alturas de La Muela y, atravesando el valle del Turia, llegaron a las primeras casas de la ciudad. Fué un momento de enorme emoción. Téngase en cuenta que hablo de la impresión cau-

sada en las tropas que asaltaban a Teruel, ocupada por los rojos. Dentro...

Recuerdo un hecho emocionante. En aquellos momentos en que los heroicos defensores de la plaza veían a sus tropas nacionales desde las ventanas del Seminario o de la Comandancia Militar, llegaron al Cuartel General de la división 52, en Cella, dos radiogramas. En uno de ellos el coronel Barba, defensor del Seminario, rogaba se comunicase a su familia en Zaragoza que se encontra bien y que esperaba abrazarles pronto. El otro radio era del capitán Lloréns, el célebre capitán de la batería fantasma, legendaria en el frente de Teruel, que, montada sobre camiones, se desplazaba incansable a los lugares donde hacía falta con una movilidad y un acierto que le valieron el sobrenombre indicado. También el capitán Lloréns rogaba se comunicara a su familia, que se encontraba en Sangenjo (Galicia), que habían sido liberados y que esperaba verlos a todos en plazo breve. La alegría era general y entre las tropas que esperaban el asalto definitivo todo eran canciones y vítores. Era un momento comparable a aquellos otros de las grandes victorias nacionales.

La entrada se aplazó para el día siguiente, esperando disponer las tropas en forma para una entrada sin ningún tropiezo. Dentro de Teruel ya se puede suponer. Gran alegría entre los nacionales y desbandada de los rojos, que se veían copados. Hubo un momento en que no quedó un rojo dentro de la ciudad. Y, sin embargo, Dios había dispuesto las cosas de otra manera...

El cielo, que había estado cubierto y amenazador todo el día, se desplomó sobre el paisaje turolense con una de las más tremendas tempestades de nieve que

se recuerdan. Ya en las primeras horas de la noche comenzó la nevada. La temperatura descendió de una forma vertiginosa. Pronto el termómetro marcó dieciocho y veinte bajo cero. El campo de batalla parecía un paisaje siberiano. Los soldados comenzaron a sentir los efectos de la congelación, las armas quemaban las manos de los infantes; los tanques, helados en sus partes vitales, quedaron inmovilizados y cubiertos de nieve.

A pesar de todo, por el clima de victoria que ya se respiraba y por la enorme tenacidad de las fuerzas nacionales, la actividad militar todavía se mantuvo algunos días; pero tristemente hay que reconocer que el tremendo temporal de nieve y frío había conseguido lo que no pudieron conseguir las fuerzas rojas: detener el avance nacional. La ofensiva o, mejor dicho, la primera parte de la ofensiva nacional, que había de tener por objetivo la liberación de Teruel, había concluido. La tormenta de nieve surgió de manera súbita e impresionante. En pleno avance de las tropas nacionales, que quedaron paralizadas sobre un campo desnudo, sin trincheras, sin refugios, sin poder guarecerse de la inclemencia del tiempo. Comenzaron a producirse bajas en número muy elevado. Eran casos de congelación de brazos y piernas. El Mando se vió obligado aquellos días horribles a emplear sus tropas en meras rectificaciones de líneas, sin poder pensar en un avance en masa que hubiera supuesto la consecución de un objetivo tan anhelado por todos los corazones nacionales.

En el momento de producirse la tormenta la batalla estaba en su punto culminante. Las fuerzas del general Varela, el heroico Cuerpo del ejército de Castilla, habían cumplido exactamente su come-

tido, llegando a La Muela de Teruel. El Cuerpo de ejército de Galicia, bajo el mando del general Aranda, había encontrado una resistencia muy dura y un terreno poco propicio a la maniobra. Las posiciones enemigas Palomera, Muletón y Celadas dominaban la línea del avance nacional por este ala, y por ello su avance fué más lento. Hay que tener presente que el avance de este Cuerpo de ejército hubiera supuesto el cerco de Teruel por el Norte, con la consecuencia inevitable del copo de las fuerzas rojas, por lo cual forzaron la resistencia hasta el límite, retrasando el avance de Aranda con sus tropas. El hecho es que, si no llega a producirse la tormenta del día 31, el día 1 de enero hubieran visto una de las más grandes victorias de las tropas nacionales, pues, abriendo brecha en las líneas enemigas, y conseguido por Varela el contacto con los defensores, se hubiera producido una de esas bolsas que dieron especial contextura a nuestra guerra de liberación, y la derrota roja hubiera sido catastrófica. Un golpe fortuito cambió el curso de los acontecimientos. La tremenda nevada y las temperaturas de 18 y 20 grados bajo cero pudieron más que unas tropas rojas que ya tenían sobre sí la pesadumbre de la derrota y que habían comenzado la desbandada.

Merece citarse con especial mención en estos terribles días la actuación de la aviación nacional. A pesar de que las condiciones de vuelo eran pésimas, no dejaron ni un sólo día de prestar servicio, buscando lucha y pelea. Algunos de los combates tuvieron lugar fuera de la vista del ejército de tierra, sobre el mar de nubes. El día 4 de enero once aparatos rojos—siete de caza y cuatro de bombardeo—fueron abatidos en la lucha. Al

día siguiente ocho aparatos rojos más se estrellaban sobre el suelo aragonés.

Todo esto ocurría ya en los primeros días de enero de 1938, en que, como hemos visto en el capítulo anterior, los defensores de la ciudad iban cayendo ante la abrumadora superioridad de las fuerzas rojas atacantes. Fuera de Teruel todo era tristeza ante la imposibilidad de acudir en socorro de nuestros hermanos, que se defendían como leones contra fuerzas inmensamente más numerosas.

Hasta que llegó el día 8 de enero, aquel día de tristeza enorme en que se supo el desenlace de la defensa nacional dentro de la ciudad. Todo el que haya visto Teruel a los pocos días de reconquistado por las tropas del Generalísimo se ha podido dar cuenta de que la resistencia de las fuerzas nacionales bajo el mando de los coroneles Rey D'Harcourt y Barba fué sobrehumana. De la Comandancia de Teruel no quedaban más que cascotes que apenas sobresalían del suelo. Y allí, en aquel reducto, fué donde el coronel Rey, con sus compañeros de armas, presentó resistencia hasta que no hubo manera humana de continuarla. Ya sabemos lo ocurrido en el Seminario, reducto del coronel Barba, donde los rojos, bajo pretexto de una entrada de la Cruz Roja para evacuar a las mujeres y los niños, hicieron irrupción violenta capturando a los defensores.

Terminó, pues, con este triste episodio la primera fase de la contraofensiva nacional.

SEGUNDA FASE DE CONTRA- OFENSIVA NACIONAL

Desaparecido el apremio del socorro a la plaza sitiada, el Mando nacional tomó

sus medidas para montar la segunda parte de esta contraofensiva, que había de terminar con la total liberación de Teruel y con una de las más duras derrotas que jamás sufrieron las tropas rojas en la guerra, con la destrucción del que pomposamente se llamaba Ejército de Teruel.

Vista la dificultad de avanzar libre de obstáculos el ala izquierda del dispositivo nacional, constituida por el Cuerpo de ejército de Galicia, se pensó que era esencial la conquista de aquellas posiciones rojas que, por ser dominantes, impedían la libertad de movimientos a aquella fracción del ejército nacional.

Estas posiciones rojas eran, sobre todo, los altos de Celadas y el Muletón, estribaciones de la Sierra Palomera en dirección Sur. La operación para conquistar estas posiciones rojas se realizó en los días del 17 al 19 de enero. Para ello se decidió cortar el vértice que forman al norte de Teruel el curso bajo del río Alfambra y el trazado del viejo frente estabilizado. Este vértice estaba en manos rojas desde el comienzo de la guerra, y por ello estaba dotado de fuertes fortificaciones, trincheras comunicadas, reductos contra bombardeos de aviación y de artillería y nidos de ametralladoras de fuego cruzado. El día 17 se tomó por asalto toda la línea de posiciones de Celadas al Muletón, cortándose el frente por medio de un ataque irresistible. Las fuerzas rojas recibieron un castigo enorme, dada la fuerza y vigor del avance de las tropas nacionales. El día 18 el enemigo, siguiendo su costumbre, lanzó varios contraataques que fueron materialmente destruidos, causándose a los rojos pérdidas de gran consideración. El día 19, ya deshecha la resistencia enemiga, se completó la operación, descendiendo nuestras tro-

pas de los altos ocupados para alcanzar el curso del Alfambra. Nuevo contraataque rojo que sigue la suerte de los anteriores. Este avance, realizado por las tropas del general Aranda, suponía adelantar unos 19 kilómetros en un frente de diez, y no sólo infligió un durísimo castigo a los rojos, sino que virtualmente estaba ya vencida la resistencia prevista para la reconquista de Teruel. Pero lo más importante de esta fase segunda de la contraofensiva nacional es el enorme destrozo sufrido por el ejército rojo. Es un axioma militar que el objetivo primordial de toda batalla es la destrucción del ejército enemigo. La visión genial del Generalísimo Franco previó que allí, en Teruel, donde los rojos habían logrado imponer su iniciativa, aunque por poco tiempo, estaba la ocasión para conseguir el aniquilamiento de unas tropas que, si bien habían acrecido su moral por un éxito pasajero, no podían compararse con las tropas nacionales ni en preparación,

ni en ideal, ni en mandos. Y así fué, tal como lo previó el Caudillo. Tanto es así, que podría decirse sin temor a grave exageración que en la batalla de Teruel es donde los rojos perdieron ya toda esperanza de victoria, si es que alguna vez la tuvieron.

Todavía los rojos lanzaron un desesperado contraataque en la zona de Sierra Palomera y Vivel del Río. La llamada línea de la carretera, jalonada por las posiciones de Bueña, Singra, Celadas y Villarquemado, vió una vez más cómo los rojos, en sus ataques desesperados, trataban de quebrantar una línea que resistió magníficamente sin ceder ni un metro. Los rojos querían con estos ataques disminuir la enorme presión que se les venía encima y que acabaría con la liberación de Teruel en una de las batallas más bellas que se libraron en nuestra guerra. Pero esto ha de quedar para otro capítulo.

FASE DE INICIATIVA NACIONAL

La batalla del Alfambra. Liberación de Teruel y destrucción del ejército rojo.

Hemos visto en los capítulos anteriores la iniciación y desarrollo de una de las batallas más decisivas para el desenlace total de la guerra. Hemos visto un momento de iniciativa roja, la fulminante respuesta nacional y la paralización de un avance glorioso por causa de una enorme tormenta de nieve que hizo que la liberación de Teruel quedase forzosamente aplazada. Pero hemos visto también cómo tomaba forma en el plan del Mando nacional, con la visión clara y genial del Caudillo de España, una maniobra destinada no sólo a liberar Teruel, sino a destruir a todo el ejército rojo. El dispositivo nacional había quedado establecido y sólo faltaba dar la señal de iniciación de una de las batallas más bellas de todas las que España ganó al comunismo en territorio nacional.

Esta batalla ha pasado a la Historia con el nombre de "Batalla del Alfambra". La lucha comenzó el día 5 de febrero. Una vez más el interés de la guerra se fijaba en los austeros campos turolenses. Veamos cómo estaba dispuesto el frente en aquellos momentos.

Siguiendo a Lojendio en su magnífica obra *Operaciones militares de la guerra de España*, el frente puede describirse así:

Entre los puestos nacionales avanzados de Vivel del Río y Celadas la línea de posiciones de estabilización del frente seguía una amplia curva en sentido Este-Oeste-Sur. Las poblaciones nacionales que contorneaban este frente eran: Vivel, Portalrubio, Cosa, Rubielos de la Cerida, Bueña, Singra, Torrelacárcel, Torremocha, Villarquemado y Celadas. Esta línea convergía sobre la carretera de Zaragoza y tenía en su centro la formidable posición roja de la Sierra Palomera, fuertemente fortificada y atrincherada. Se trata de una cadena montañosa paralela a la carretera, de una altura máxima de 1.529 metros. Desde esta posición los rojos habían intentado varias veces lanzarse a cortar la carretera, pero nada habían conseguido nunca. Como veremos más adelante, de nada había de servirles disponer de una posición dominante. El Mando nacional conocía estas circunstancias perfectamente, y por ello decidió no dar la batalla en un terreno donde los rojos estaban en ventaja, sino buscando como lugar de la contienda el campo que, a espaldas de la Sierra Palomera, se abre en lomas onduladas hasta el valle del río Alfambra. Se trata de un paisaje que contrasta bruscamente con el que ofrecen las

abruptas estribaciones de la Sierra Palomera, campo adecuado para una batalla como la que allí planteó nuestro Caudillo para conseguir una brillante victoria. Una vez más la maniobra y el movimiento bien ordenado de nuestras tropas vencieron al afán fortificador de los rojos. La Sierra Palomera no fué atacada de frente, y sus formidables defensas fueron totalmente inútiles. La batalla se resolvió en los campos llanos del Alfambra.

Esta operación, que llamaremos batalla del Alfambra, fué iniciada en la mañana del 5 de febrero de 1938. Fué su comienzo una intensa preparación artillera y aérea sobre cuatro puntos del frente, con el fin de abrir brecha. Recuerdo cómo en esta ocasión fueron utilizadas en tiro rasante las piezas antiaéreas de 8,8, que por su gran precisión hicieron un enorme destrozo en las líneas rojas. Para la penetración de las fuerzas se habían elegido cuatro puntos de partida: Vivel del Río, Portarubio, Rubielos de la Cerida y Celadas. A mitad de la mañana el bombardeo adquirió caracteres definitivos, pues las fortificaciones rojas aparecían destrozadas y sólo eran montones de escombros. Fué el momento elegido para que se lanzaran al asalto las unidades de choque. He aquí la disposición de las tropas nacionales en todo el frente de ataque:

A la izquierda, dando frente a la Sierra Palomera, se alineaba el Cuerpo de ejército marroquí, bajo el mando del general Yagüe. Este Cuerpo de ejército estaba compuesto por la 1.ª división de Navarra, la 4.ª y la 82, bajo el mando de los coroneles García Valiño, Camilo Alonso y Delgado Serrano. En el extremo derecho del frente se alineaba el Cuerpo de ejército de Galicia, conducido por el general Aranda y formado por las divisio-

nes 13, 83, 84 y 150, mandadas por el coronel Barrón, general Martín Alonso, coronel Galera y coronel Muñoz Grandes. En el centro del dispositivo de ataque, como destacamento de enlace, se encontraba la agrupación mandada por el general Monasterio, compuesta por la primera división de Caballería y la 5.ª división de Navarra. La Caballería estaba a las órdenes directas del general Monasterio y la división de Navarra bajo el mando del coronel Juan Bautista Sánchez.

Una vez comenzado el asalto a las primeras fortificaciones rojas, y mediada la mañana, pudo verse cómo las fuerzas del general Yagüe avanzaban rápidamente hacia los objetivos del día. En el curso de esta jornada cayeron los pueblos de Cervera del Rincón, Corbatón, Pancrudo, Son del Puerto, Cuevas de Portarubio y Alpeñes. Aquel avance recordaba los mejores días de victoria nacional.

Mientras tanto, la agrupación del general Monasterio lanzó su caballería, cortando en sentido transversal el campo de batalla. Visión emocionante de los caballeros de España desplegando airosoamente para coger al revés los macizos de la Palomera. Quizá éste fué el espectáculo más magnífico de toda la campaña del Alfambra. Porque lo importante es que la operación se realizó en forma exacta e impecable, como si se tratase de unas maniobras. La caballería del general Monasterio avanzó en estos días más de cincuenta kilómetros, rebasando la zona del macizo de la Sierra Palomera, que quedó inútil con todo su lujo de fortificaciones. Protegida por la aviación nacional, realizó una marcha maravillosa, persiguiendo al enemigo que huía ante el empuje de los caballeros de España.

En los sectores del Sur actuaba el

Cuerpo de ejército de Galicia, bajo el mando del general Aranda. Al romper el frente en Celadas, que era su misión inicial, arrollaron a los rojos y se desparmaron en abanico a través de la brecha, envolviendo la Sierra Palomera por la derecha. En este sector la lucha fué más dura por la configuración del terreno, pero todos los objetivos se fueron cubriendo paulatinamente.

Iniciada la batalla con tan felices augurios, todo hacía sospechar que allí se estaba fraguando una de las mayores derrotas que sufrieron los rojos a lo largo de la guerra. Así fué, efectivamente.

Como hemos visto, el día 5, día primero de batalla, ya se rompió el frente rojo por los cuatro puntos previstos, y este empuje inicial permite ya trazar una línea aproximada que, partiendo de Son del Puerto, algo avanzada de Pancrudo y sin llegar a Lidón, iba a concluir a la altura de Bueña. De esta forma se iniciaba la amplia maniobra nacional que había de producir el copo de las tropas marxistas que defendían la zona de Palomera. Este copo, como ya hemos visto, fué realizado por las tropas del general Aranda que partieron de Celadas y por la 5.ª división del coronel Juan Bautista Sánchez, perteneciente a la agrupación del general Monasterio. El caso es que al tercer día de batalla, es decir, el día 7, se cerró el gran frente de la batalla sobre la línea Vivel, Cervera del Rincón, Perales de Alfambra y todo el curso de este río que da nombre a esta batalla.

Esta línea se encuentra a unos treinta kilómetros del punto de partida de las tropas nacionales, y su perfil fué alcanzado por los diferentes núcleos de nuestras tropas en una forma perfecta, con arreglo a las directivas de un plan exac-

tamente concebido. Hay que tener en cuenta que los rojos opusieron mucha resistencia, ya que veían cómo se les iba de las manos un recinto fortificado tan valioso para ellos como la Sierra Palomera. Pero ni el acopio de reservas ni la táctica roja del contraataque desesperado les sirvieron de nada práctico. La operación siguió sus pasos inexorable.

El segundo día ya se había aislado por Camañas todo el macizo montañoso de Palomera. Al tercer día las tropas nacionales entreban en Perales de Alfambra. Mientras tanto, la caballería limpiaba de rojos toda la zona a su cargo. Más de siete mil prisioneros fueron el resultado de estos días. La derrota roja tomaba caracteres de catástrofe. Más de quince mil bajas tuvieron los rojos y perdieron material en cantidad incalculable, no sólo en armas automáticas, sino también en depósitos de munición, ambulancias sanitarias y la totalidad de un almacén divisionario de Intendencia. Mientras tanto, las tropas nacionales habían conquistado catorce pueblos y una superficie de terreno que pasaba de los mil kilómetros cuadrados.

Don Manuel Aznar, uno de los más sagaces críticos que tuvo nuestra guerra de liberación, escribe así al tratar de la batalla del Alfambra:

“La superioridad profesional de que dieron prueba los cuadros de jefes y oficiales nacionales con motivo de la batalla del Alfambra fué gigantesca. Desde un túnel que hay en el Puerto de Escandón, sobre la línea del ferrocarril a Valencia, algunos ministros del Gobierno marxista y algunos generales habían asistido a la batalla. Estaban allí esperando que se produjera la victoria de sus tropas, aquella victoria que les habían dado

como segura y que debía restablecer en el mundo el prestigio del comunismo; pero tuvieron que retirarse a Barcelona tan cariacontecidos y aplanados de ánimo que ni siquiera tuvieron humor ni valor para inventar una de aquellas explicaciones que la propaganda marxista montaba como un divertido artificio cada vez que necesitaban razonar un desastre.

"La batalla de Teruel, según lo había previsto Franco, era uno de los grandes acontecimientos de la guerra, porque todos los sacrificios y todos los trabajos que para organizar el ejército de Aragón

habían puesto en juego los gobernantes rojos de Barcelona se habían fundido en cuatro días sobre las orillas del pequeño río Alfambra, en medio de aquellos campos silenciosos, donde, como señal terrible de lo que pasó, quedaron los esqueletos de unos cuantos pueblecillos españoles."

Con estas palabras queda resumido el terrible efecto que esta batalla causó a las fuerzas rojas. Una vez más se hizo realidad el aforismo militar de que la victoria sólo se logra con la destrucción del ejército enemigo.

TABLA CRONOLOGICA

- 15 de diciembre de 1937.*—Los rojos cortan la carretera de Teruel a Zaragoza, entre Caudé y Concud, y comienza el asedio de la ciudad.
- 16 de diciembre de 1937.*—Las banderas 8 y 12 de Falange forman la primera línea de resistencia nacional frente a Caudé.
- 18 de diciembre de 1937.*—Los rojos se apoderan del vértice Galiana y de la Granja Villastar.
- 19 de diciembre de 1937.*—Los rojos ocupan La Muela de Teruel.
- 20 de diciembre de 1937.*—Fuerzas rojas rebasan el Puerto de Escandón y las posiciones de Castralvo y Castellar.
- 21 de diciembre de 1937.*—La masa roja atacante llega a los arrabales de Teruel.
- 22 de diciembre de 1937.*—Comienza la contraofensiva nacional.
- 29 de diciembre de 1937.*—La infantería nacional se lanza al asalto en todo el frente.
- 30 de diciembre de 1937.*—Las fuerzas del general Varela llegan a La Muela de Teruel.
- 31 de diciembre de 1937.*—Se produce una enorme nevada que paraliza totalmente las operaciones.
- 1 a 8 de enero de 1938.*—Agonía de Teruel ante la avalancha roja.
- 8 de enero de 1938.*—Teruel cae en manos de los rojos.
- 17 de enero de 1938.*—Se inician las operaciones de reconquista de Teruel.
- 19 de enero de 1938.*—Las tropas nacionales dominan el curso del río Alfambra.
- 25 a 29 de enero de 1938.*—Contraataques rojos en la línea de la carretera de Zaragoza.
- 5 de febrero de 1938.*—Comienza la batalla del Alfambra.
- 7 de febrero de 1938.*—Termina la batalla del Alfambra con la victoria completa de las tropas nacionales.
- 17 de febrero de 1938.*—Comienzan las operaciones de reconquista de Teruel.
- 22 de febrero de 1938.*—Las fuerzas nacionales ocupan los arrabales de la ciudad.
- 25 de febrero de 1938.*—Queda completada la liberación de Teruel por las tropas nacionales.

MANDOS DE LAS FUERZAS NACIONALES EN LA BATALLA DE TERUEL

Mando supremo:

Generalísimo de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire, Excmo. Sr. Don Francisco Franco Bahamonde.

Cuerpo de ejército de Galicia:

General Aranda, comandante en jefe.
Coronel Sagardía.—División 62.
Coronel García Navarro.—División 61.
Coronel García Valiño.—1.^a División de Navarra.
General Martín Alonso.—División 83.
Coronel Galera.—División 84.
Coronel Muñoz Grandes.—División 150.

Cuerpo de ejército de Castilla:

General Varela, comandante en jefe.
General Iruretagoyena.—División 3.
General García Escámez.—División 15.
Coronel Izquierdo.—División 57.
Coronel Ollo.—División 81.
Coronel Cuervo.—División 85.
General Rada.—División 152.

Cuerpo de ejército marroquí:

General Yagüe, comandante en jefe.
General Asensio.—División 12.
Coronel Barrón.—División 13.
Coronel López Bravo.—División 105.

1.^a División de Caballería:

General Monasterio, comandante en jefe.

División 52, defensora de Teruel:

General Muñoz Castellanos, jefe.
1.^a Brigada.—Coronel Rey D'Harcourt.
2.^a Brigada.—Coronel Barba.
Banderas 8 y 12 de Falange.
Batallón de Carros de combate.

INDICE

	<u>Págs.</u>
FASE DE INICIATIVA ROJA	
a) La batalla, vista desde dentro de la ciudad	3
b) La batalla, vista desde fuera de la ciudad.....	14
FASE DE INICIATIVA NACIONAL	
La batalla del Alfambra. Liberación de Teruel y destrucción del ejército rojo	21
Tabla cronológica	25
Mandos de las fuerzas nacionales en la batalla de Teruel	27

TITULOS PUBLICADOS

- N.º 1.—Vista, Suerte y al Toro.
N.º 2.—Fiestas y ferias de España.
N.º 3.—Artesanía.
N.º 4.—Los territorios españoles del
Golfo de Guinea.
N.º 5.—El Crucero «Baleares».
N.º 6.—Falla, Granados y Albéniz.
N.º 7.—Conquista por el terror.
N.º 8.—España en los Altares.
N.º 9.—La Gesta del Alto de los Leones.
N.º 10.—Excombatientes.
N.º 11.—La Batalla de Teruel.

APARECERAN PROXIMAMENTE

Frentes del Sur.
La Batalla del Ebro.
Residencias de Verano.
Vida y obra de Menéndez y Pelayo.
Clima, Suelo, Agricultura.